

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA
Y
LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

63-64-65

ENERO-DICIEMBRE

1957

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. NABOR CARRILLO

Secretario General:

DR. EFRÉN C. DEL POZO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. FRANCISCO LARROYO

Secretario:

MTRO. JUAN HERNÁNDEZ LUNA

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. A. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

DIRECTOR:

Francisco Larroyo

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ciudad Universitaria
Torre de Humanidades, San Angel, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país	\$ 15.00
Exterior	Dls. 2.50
Número suelto	\$ 4.00
Número atrasado	\$ 5.00

Sumario

ARTICULOS		Págs.
Francisco Larroyo	<i>Tipos históricos de filosofar en América durante la época colonial.</i>	13
Dr. Oswaldo Robles	<i>Comentario al Libro III del alma de Fray Alonso de la Vera Cruz.</i>	29
Emilio Uranga	<i>La crítica de Marx a Hegel.</i>	43
Luis Cernuda	<i>William Wordsworth</i>	55
Oliver A. Johnson	<i>La necesidad del valor en un mundo de hechos.</i>	71
Dra. Paula Gómez Alonzo	<i>Nicolás Maquiavelo.</i>	81
Rosa Krauze de Kolteniuk	<i>Antonio Caso y el positivismo</i>	113
Angel Ma. Garibay K.	<i>La Universidad y el Pueblo.</i>	130
Dr. José M. Gallegos Rocafull	<i>La Universidad y la reconquista de la unidad humana</i>	145
Juan Manuel Terán Mata	<i>La reforma de las profesiones liberales</i>	159

	Págs.
Luis Recaséns Siches	<i>El humanismo de Alfonso Reyes</i> 165
Juan A. Ortega y Medina	<i>El sentido de la pugna angloespañola por el dominio oceánico en el siglo XVI</i> 173
Gregorio López López	<i>La Guelagueza</i> 221
Amancio Bolaño e Isla	<i>El ser y el poder ser</i> 229
Pedro De Alba	<i>Oración por Gabriela Mistral</i> 239
Julio Jiménez Rueda	<i>Don Marcelino Menéndez Pelayo y los heterodoxos españoles</i> 245
Sergio Fernández	<i>El tercer camino de Enrique Gil Gilbert</i> 255
Sara Bolaño	<i>Wenceslao Fernández Flórez y algunos aspectos de su obra</i> 267
Teresa Aveyra Arroyo de Anda	<i>El sentido de lo añoso y de lo nuevo en la poesía de Antonio Machado</i> 279

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Inéz Vargas de Núñez	<i>Iqbal's Educational Philosophy</i> (Saiyidain K. G.) 309
Pedro De Alba	<i>Francisco I. Madero: Apostle of Mexican Democracy</i> (R. Ross Stanley) 313

	Págs.
Agustín Millares Carlo	<i>Misiones argentinas en los archivos europeos</i> (Raúl R. Molina) 315
Agustín Millares Carlo	<i>La imprenta de Guayaquil independiente</i> (1821-1822). (Abel Romeo Castillo) 318
Wonfilio Trejo	<i>Lógica formal y lógica dialéctica</i> (Henri Lefebvre) 319
Inéz Vargas de Núñez	<i>El sexo en los sentimientos de inferioridad</i> (Efigenia Frangos) 325
Elsa Hernández Cruz	<i>Historia de la Revolución Mexicana (la etapa precursora)</i> . (Florencio Barrera Fuentes) 328
Bonifacio Fernández Aldama	<i>La Política Internacional de la Revolución Constitucionalista</i> . (Eduardo Luquín) 332
Josefina Zoraida Vázquez	<i>La Invención de América. El Universalismo de la Cultura de Occidente</i> (Edmundo O'Gorman) 335
Edmundo Félix Escobar Peñaloza	<i>La Filosofía Americana. Su razón y su sinrazón de ser</i> (Francisco Larroyo) 338
Roberto Andrade Echauri	<i>La Filosofía en la Universidad</i> (José Gaos) 339
Mtro. J. Hernández Luna	Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras 343

LA UNIVERSIDAD Y EL PUEBLO

Un solo lustro falta para que la Universidad Nacional Autónoma de México cumpla el primer cincuentenario de su restauración. Aquel varón insigne a quien debe haber vuelto a la vida, D. Justo Sierra, —justo en el nombre, justo en el pensamiento—, dijo una frase que hizo fortuna: “El Pueblo mexicano está sediento de justicia.” A la distancia de casi medio siglo sus palabras siguen siendo verdaderas. Pero me temo que es necesario completarlas: “Está sediento de justicia, de verdad y de vitalidad orgánica.” Muchas de las lacras sociales que él advirtió en su tiempo siguen superviviendo, muchas de ellas se han recrudecido. Y la Universidad Nacional que él instaló tiene como misión máxima de su eficacia dar al pueblo de México lo que el pueblo necesita: verdad, justicia, unidad y vida.

Al aceptar la invitación que tan benévolamente me ha hecho el Director de la Facultad para tomar parte en esta CATEDRA DE VERANO, me ha parecido oportuno reflexionar juntamente con mi benévolo auditorio en la grave misión que la historia y la patria imponen a esta Institución y tratar de ver de lejos los medios que pueden sugerirse para la mejor realización de ese programa. La abundancia y la complejidad del tema me obligarán a hacer apenas un diseño borroso de materia que postulara un gran libro. Después de expresar mi gratitud por esta invitación honrosa, voy a entrar en la exposición de mis consideraciones.

* * *

“La Universidad y el Pueblo.” ¿Qué universidad y qué pueblo? Tengo presente la misión universitaria, no en abstracto ni en general. Hablo de la Universidad Nacional y en ella quisiera abarcar a todas

las Universidades de la Nación. *Distintas por su origen, distintas por el territorio en que se hallan, distintas por la amplitud de su acción, todas ellas están ligadas a los destinos de México y todas tienen el deber de trabajar por la elevación de México en su integridad nacional, social y cultural.*

Universitas studiorum fue el nombre que dió la Edad Media a instituciones como la nuestra. Con frase escultórica tradujeron nuestros antepasados "Estudio General". En el nombre iba declarada la esencia. Una institución en que se unen y conjugan todos los estudios, todas las disciplinas humanas, las nacidas y las por nacer. Es decir, un asilo de las ciencias, de las artes, de las diversas maneras de la sabiduría humana y divina. Y si las Universidades medievales fueron de preferencia centradas en la disciplina de lo divino, las que sucedieron a estas, en tiempo en que mudaron rumbos los pensamientos, se centraron en torno de las ciencias del hombre. Expongo sólo hechos, y no es mi deber presente criticar procedimientos.

Hoy las Universidades agrupan todos los órdenes de conocimiento humano llevado la mayor perfección que cabe, según el tiempo y el espacio en que se desenvuelven. La ciencias especulativas y las ciencias prácticas; las disciplinas que parecen ser de puro adorno, como la historia del arte, o las que se requieren para la simple existencia del hombre como hombre, tal como la arquitectura y la medicina. Cada una noble y elevada en su objeto, cada una útil y fecunda para la relativa felicidad que el hombre puede lograr con su esfuerzo. Pero todas con miras hacia el hombre mismo, en su mejoramiento humano.

Las Universidades de nuestra patria en el día presente van reuniendo en sus aulas a las diversas Facultades antes esparcidas. La tendencia excesivamente individualista del Liberalismo antiguo las había disgregado: la tendencia comunitaria que afortunadamente va triunfando en los tiempos modernos, las va agrupando de nuevo. Hay zonas que no se han llenado; hay ciencias y conocimientos sistemáticos, o en vías de sistematización que no han hallado su sitio en las Universidades. Para unas y para otros llegará la hora de que vengan a constituir con las demás el iris de los colores de la sabiduría humana, que solamente llega a sabiduría cuando unifica los conocimientos y las tendencias intelectuales.

Esta es la noción que tengo de la Universidad Nacional de México.

* * *

Cuando hablo del *pueblo*, hablo del pueblo mexicano. Acaso algunas de mis reflexiones y propósitos puedan aplicarse a otros pueblos. Mi intención es llevar los pies sobre el suelo que piso. La abstracción es a veces útil en las ciencias puras. En los hechos reales debemos tenerlos siempre a la vista. La pena que se paga por no ver abajo es la de perderse en el vacío como las nubes sutiles que arrebatan el viento.

Y el Pueblo en México es un mosaico de realidades, más bien que una realidad unificadamente constituida. No suscribiré la pesimista frase de Bunnes cuando nos describía como "un conglomerado de tribus". Pero rebajando la *negrura* de su juicio, tendremos que reconocer que la *verdad yace en el fondo* de este juicio.

Si miramos al orden económico, tenemos grados excesivamente desequilibrados unos de otros. Desde la más alta riqueza hasta la más honda miseria. Personas que huellan perlas y personas que no tienen un men-drugo para pasar el día.

Si miramos al orden moral, junto a las elevaciones que navegan en mares de heroísmo y santidad moral, tenemos las ínfimas honduras, cada vez más anchas, cada vez más hondas, en que muchos mexicanos se abisman en una atmósfera de vicio y de delito.

Acaso la desproporción es mayor en el orden puramente científico. La heterogeneidad de las disposiciones mentales, natural más que adquirida, es nada ante la heterogeneidad de los grados de conocimiento necesario para hacer que la vida del hombre sea la vida humana. Tenemos muchos sabios, tenemos muchos eruditos, tenemos muchos hombres superiores, pero ellos forman las cumbres, y cual los dos Nevados que atisban los destinos de este Valle de maravillas físicas en que vivimos, se recatan con los cendales de las nubes de su indiferencia casi estoica, y olvidan las honduras en que se pierden las masas y las clases un poco más elevadas en su haber económico, o en su vida moral, pero perdidas en la ignorancia aun de los rudimentos de la cultura.

Expuestos así los términos, *¿cuál es el problema?*

Lo que la Universidad Nacional en México tiene que hacer por el bien del pueblo de México.

* * *

Tres funciones tiene un centro universitario, si quiere ser digno de su nombre y esencia:

Una función intelectual, que le es propia como ninguna. En ella debe buscar y atesorar la verdad. La investigación científica, filosófica, sociológica y artística son los momentos en que esta función se desenvuelve. Pero no se detiene allí. De sus luces tiene que derramar luz y de sus tesoros tiene que prodigar riquezas.

Una función de carácter moral. Suele ser la más olvidada. La vida de una nación no depende de lo que sepan sus hijos, sino de lo que obren. Y para la acción el hombre requiere normas que seguir y formación para ir por la ruta que le marcan esas normas. Es un deber de las Universidades hacer que la conciencia y el carácter sean dados a cada uno de los que llegan a su seno, para después, llegar a la última gradación de la sociedad humana, por obra de sus mismos alumnos convertidos más tarde en obreros del bien y de la justicia.

Una función de índole nacional de coherencia de todos los elementos que constituyen una nación y forman una alta unidad humana. Y como necesaria derivación de ella, una función coordinativa y coherente con los demás pueblos que constituyen la Humanidad íntegra.

* * *

En el dominio puramente intelectual la realidad mexicana tiene dos aspectos con orden a las funciones de la Universidad Nacional. Uno como objeto, el otro como sujeto.

Objeto es como materia de estudio, de consideración, de especulación pura diríamos.

Sujeto es como materia de transformación, en la cual ejerce su acción la Universidad Nacional como el escultor sobre el mármol, como el alfarero sobre el barro.

En el primer aspecto contempla y deduce; en el segundo aspecto, aplica y transforma.

El primer deber de una Universidad en México es estudiar las cosas de México para armonizarlas con el conjunto universal. La inmensa va-

riedad y la inmensa riqueza de nuestros matices de todo orden hacen esta tarea interminable. El recuento mismo que pudiera hacerse de los problemas que nos ofrece el pueblo mexicano como objeto de estudio consumiría mucho tiempo. Daré algunos ejemplos solamente.

Tenemos el problema de la elevación cultural y social de la raza indígena, ante el cual no podemos cerrar los ojos por mayor tiempo. Eternos parias en su tierra, han sido dejados de lado los indios, como objeto de estudio primero; como sujeto de elevación después. Una nación cuya quinta parte de habitantes es de raza y de cultura aun casi prehispánica no puede ser una nación coherente, ni mucho menos fuerte. Cuando tenemos el doloroso hecho de que hay un millón y medio de personas mexicanas que no pueden expresarse en la lengua oficial de México; y cuando tenemos el no menos doloroso hecho de que seis o acaso siete millones más, dentro de treinta que constituye la totalidad de habitantes, viven de acuerdo con las ideas, las normas, las modalidades sociales ajenas a las nuestras y a veces totalmente opuestas a toda cultura, tenemos que sentir que gravita sobre nuestra generación un peso de deber que en vano trataríamos de eludir.

A la Universidad, a las Universidades de la nación toca tomar muy a pechos el conocimiento de este problema en sus modalidades variadísimas, según los territorios en que se hallan ellas, y una vez conocido con suficiencia, hacer lo posible por solucionarlo.

Tomemos otro ejemplo. La clase obrera y en general trabajadora asalariada. Es el nervio del país, la base de su economía. Pero las exageraciones a que acaso se dio margen al iniciarse la etapa de reconquista de derechos, ha hecho que el intelectual medio de México, el universitario casi en general, trate de cerrar los ojos a este problema. Y debemos estudiar muy a fondo su estado, su carácter, sus modos propios en nuestro suelo, para que sin ideologías extrañas, sino solamente fundados en las altas normas de la justicia y de la comprensión laboremos por la armonía social que en algunas ocasiones ha amenazado con llegar a la rotura.

Problemas como estos tenemos muchos más. El estudio de esta realidad es un deber de las Universidades del territorio. Y dejo a un lado otros muchos, como son los de nuestra realidad cósmica, las ciencias naturales de lo nuestro, nuestra zoología y nuestra botánica; nuestra geología y nuestra paleontología, sin entrar a dominios más altos, como es la historia de la cultura en sus diversas etapas que en este territorio, nuestro

hoy, han corrido como las olas de un río, a través de varios milenios, y han dejado en las entrañas de la tierra los testimonios de su presencia.

Todos estos objetos piden con urgencia un estudio hondo, sistemático, lento y científico. Debe acabar ya el tiempo de que para conocer nuestro pasado tengamos que acudir a los investigadores extranjeros, de que hayamos de traducir del alemán o del inglés las traducciones de los documentos que en las lenguas nativas nos dejaron los viejos civilizadores, sólo por el desdén de lo nuestro, por sentirnos muy "occidentales", por más que el color de la piel proteste con sus tintes oscuros. El funesto malinchismo sigue siendo en el orden del pensamiento y de la investigación científica un rey bien sentado en un trono que parece inconvencible.

Esta sería la consideración del pueblo mexicano como objeto de estudio. Vamos a ver qué deberes pide como sujeto de formación cultural.

La extensión de los conocimientos científicos y filosóficos al pueblo tiene que realizarse alguna vez por medio de la prensa y de la palabra. A pesar de los giros del mundo, la palabra sigue teniendo la primacía en la comunicación del hombre al hombre. La letra escrita será siempre un puro sustituto de la palabra humana.

En la acción de la Universidad con orden a la prensa distingo dos modalidades: una indirecta; otra directa.

Indirectamente la Universidad puede influir en la comunicación intelectual por medio de la prensa que no es dependiente suya. En México el medio máximo de difusión cultural entre el pueblo es el periódico diario. No me toca en este momento tratar de su actividad; de si ha cumplido o no su misión propia. Lo que quisiera recalcar solamente es el deber que tiene la Universidad en influir en el mejoramiento de los diarios como vehículos de formación intelectual del pueblo. Nada hay más eficaz en abstracto. ¿Puede decirse que es lo mismo en concreto? Vivimos en la época en que el hombre tiene cerebro de papel. Quiero decir, que no piensa él, sino que repite lo que leyó en su diario, en su revista, en su folleto. Y si lo que lee es erróneo o delirante, nada más natural que piense torcidamente, que se sienta invadido de ideas y de tendencias que nada recto le dejen.

Una cátedra o una serie de cátedras para la preparación al periodismo serán una de las necesidades de la Universidad. No es cierto lo que escribió una periodista un día de que "el periodista nace y no se hace". Habrá que tener en cuenta siempre las aptitudes naturales de cada uno;

pero la cultura humana hace maravillas tales que de rocas puede sacar sabios. La función de la Universidad con orden a la modificación de los diarios como vehículo de cultura intelectual y de formación moral es una de las más urgentes.

Directamente la Universidad Nacional tiene sus medios en la prensa por publicaciones suyas. Verdad es que casi desde su fundación lo ha intentado, lo ha procurado. Haré recuerdo de aquella serie de clásicos. Una de las experiencias más pintorescas de mi vida fue la de haber encontrado a un campesino, en lo más remoto de una montaña, recogido en un rincón de su portalito leyendo las *Eneadas* de Plotino. Y cuando le hice la pregunta que un día hizo un evangelizante la eunuco de la reina Candace: "¿Entiendes lo que lees?", obtuve una sabia respuesta, que fue de doble trascendencia: No todo lo entiendo, pero *hago por entenderlo*. Y la otra fue: ¿Qué otra cosa habría de leer, si teniendo ganas de hacerlo, solamente este libro he obtenido?"

Juzgamos mal de la capacidad de los lectores no universitarios. Olvidamos que el hombre es racional. Y las riquezas del entendimiento no tienen monopolio. No es esto aconsejar que la Universidad regrese a las ediciones de los clásicos. Su BIBLIOTECA DEL ESTUDIANTE, en que tan buenas y valiosas obras se pusieron a la mano del pueblo ha sido uno de sus mejores aciertos. Pero ni siquiera ella es para todos.

Lo que sugiero, lo que quisiera para el pueblo es una serie interminable de libritos pequeños, un boletín de pocas páginas, una serie de libros más amplios de carácter técnico, cultural, social y moral. Gotas que llegarían a cavar la roca, hilos de agua que refrigerando el alma, la llenarían de luz. El folleto pequeño es el germen de muchas elevaciones y casi siempre una chispa que provoca incendios. Millones de estas publicaciones, aun en lenguas indígenas de las más persistentes, tales como el maya, el náhuatl, el otomí, el mixteco, o el zapoteco, harían maravillas para la formación cultural de las capas inferiores del pueblo mexicano.

La viva voz hoy día ha llegado a una fecundidad que no reconoce límites. La maravillosa invención del radio es una de las fuerzas que el genio humano ha puesto a la disposición de los educadores del mundo. Es otro campo tanto o más importante que la prensa. La voz que lleva el pensamiento hasta regiones no sospechadas es una voz de muerte, si no está regida por la verdad y el bien. No solamente con su propia difu-

sora, sino influyendo en forma viva en las demás se lograría la comunicación de una cultura vital para las masas y fecunda para la unidad.

Las conferencias populares son también eficaces, pero de más restringida esfera. Un servicio de carácter social, en todos los campos de la ciencia universitaria, para hacer llegar a las capas ínfimas los conocimientos esenciales que hacen la vida humana más digna de su naturaleza. La medicina, la higiene, la jurisprudencia al servicio del pueblo, en forma que ayuda al de abajo, lo hermana y lo unifica más con el de arriba. Y si los grupos universitarios, profesores y estudiantes, están por necesaria realidad sobre los proletarios, sobre los obreros, sobre los campesinos, su saber y su bondad al servicio de ellos los acerca y los iguala. Es la mejor de las armas de que dispone la verdadera democracia. Y si el reparto de las riquezas acaso jamás será posible en proporción de justicia, el reparto de los conocimientos no sólo es posible, sino que hace más rico a quien lo prodiga. La verdad, como la luz de un cirio, cuanto mejor se difunde y se participa, más luce y más se acendra.

Aunque el dominio de la acción intelectual es tan elevado, hay otro más noble que lo supera. Me refiero al orden de elevación moral de las clases populares.

* * *

El hombre no vale por lo que sabe, sino por lo que obra. La tragedia de muchos sabios consiste en que siendo luminares en la mente, se consumieron en la inercia, o se sumergieron en el fango.

Toca a los altos centros de cultura contribuir en la forma más eficaz y estable a dar al pueblo mexicano una doble riqueza, de que se halla pobre. La riqueza de la conciencia y la riqueza del carácter.

La riqueza de la conciencia que da normas para obrar y las impone al hombre en su acción en la única forma que es humana, en la única forma que es fecunda. Nadie se hace un ser digno de su nobleza humana, si no obra como hombre, con la razón por luminar y con la libertad disciplinada por potencia de empuje. Las imposiciones de los tiranos, o de los que sin serlo tratan de forjar a los demás por la fuerza, ha sido y será siempre una cárcel que atormenta y aniquila; nunca una fuente que rebosa de vital movimiento. La conciencia depende de principios y los principios se adquieren por la convicción, no por la fuerza. La con-

vicción, en fin de cuentas, es una fuerza —*cum vincere*—, pero es una fuerza que el hombre saca de sí mismo a la luz de verdades que analiza y acepta.

Para forjar una conciencia se requiere un sistema de principios de acción y este sistema tiene que estar condicionado por un ideal y un fin. Cuando falta un ideal, cuando no se ha precisado un fin, las vidas humanas son semejantes a los ríos ante el desierto: llegan a las arenas y se pierden en el vacío. La soledad de los desiertos podría absorber a los océanos, cuando no hay un cauce que los enderece hacia una meta.

Este es el problema acaso más grave de las universidades. Tener un ideal. Tender a un fin.

En la historia de esta Universidad, por un medio siglo se ha tanteado por varios caminos. Afortunadamente ninguna ideología se ha impuesto. Ni las fantásticas teorías marxistas que, con un gran fondo de verdad, buscan la meta en la pura vida del presente efímero; ni la tendencia a la elevación del hombre sobre el hombre, con un humanismo sin matices, ante un hombre sin fuerzas. Ni las veleidades de buscar una realidad que se está plasmando apenas y que precisamente a los universitarios, maestros y alumnos, toca hacer venir a la vida.

Deber de la Universidad en México es crearse un ideal propio y forjarse un fin preciso. Y en el estadio de la vida presente no puede ser otro que la estimación, elevación y perfeccionamiento de la persona humana. Pero integral y completo; del hombre como es y tal cual es y tal cual debe ser. Con miras al cuerpo y con miras al espíritu; con aspiraciones a un futuro que se detiene en el sepulcro y a un futuro que traspasa el sepulcro; con atención al individuo y con atención a la colectividad. Y la colectividad no solamente del grupo, no solamente de la nación, no solamente de un grupo de naciones, más o menos unidas, sino del Hombre en su universalidad.

El ideal humanístico, en suma. Pero no del hombre individual, ni del hombre pasajero. No del hombre que muere, sino del hombre que está destinado a la eternidad.

Una vez fijada la meta todo queda agrupado en torno de ella. Las ciencias especulativas y las ciencias prácticas; las ciencias de indagación pura y las ciencias de aplicación a la vida pasajera. Sobre todo cae la belleza del ideal soñado y querido, como el sol cae sobre los arenales y sobre los jardines; sobre los mares y sobre las montañas.

La conciencia es base para obrar. Pero no basta ella. Es necesaria la aplicación constante, lenta y pertinaz a la vida. Esta tenaz persistencia en la prosecución de los ideales es el carácter.

Se ha dicho que el mexicano es quizá el hombre menos dotado de carácter en el mundo. La observación es apresurada e injusta. Somos capaces de todo lo que es capaz el hombre de cualquier clima y de cualquier época. Pero en el fondo tenemos que reconocer que el carácter en general, hablando del pueblo, pues éste es el tema de nuestras reflexiones, se ha debilitado y se ha atenuado, a veces en demasía.

Múltiples son las causas y no fuera oportuno seguir las ahora. Pero el remedio está a la mano. La educación disciplinaria de las escuelas primarias tendría que ser la base, pero en las cumbres de la institución universitaria se hallan el fundamento de esta base misma.

Los que salen de las universidades, por su misma formación están obligados a ser hombres superiores. Y cuando están en contacto con el resto de la nación, de necesidad tienen que influir en ella. Para el bien o para el mal, pero serán obreros siempre de actividad fecunda en todos.

Forjar hombres tenaces, constantes, leales a sí mismo, trabajadores incansables, en cualquiera de las disciplinas universitarias es el mejor medio para influir en la elevación del carácter en los grupos del pueblo.

El médico, el abogado, el arquitecto, y demás profesiones similares, necesariamente están en contacto con el pueblo en el ejercicio de sus profesiones. Su solo ejemplo es una lección perdurante para que el que acude a él halle también un empuje para obrar, para buscar el bien propio y el bien común. Esta es la mejor manera de ser educador: forjar con hechos que se imponen y no con palabras que se evaporan.

No menos otras profesiones más altas. Las ciencias filosóficas o psicológicas, tanto como las del arte o las de la simple indagación histórica, que al parecer están más alejadas de la vida de cada día y del hombre humilde, son también elementos de educación del carácter cuando ante los ojos del pueblo exhiben sus producciones y hacen admirar sus triunfos, en cualquier zona del saber humano.

Hay una frase de Einstein que acaso es eco de otra sabiduría, pero que cifra cuanto he dicho: "Todo hombre que se eleva al mundo. Todo hombre que obra bien ennoblece al mundo."

Para que un árbol viva es elemento indispensable que viva cada hoja y la mínima parte de vitalidad que cada hoja le agrega es esencial para el vivir del árbol.

* * *

Me resta solamente hacer unas breves consideraciones acerca del oficio de las instituciones universitarias en la formación de la coherencia nacional. La Universidad es una de las fuerzas sociales que ha sido dejada a un lado, o lo que es peor, a veces, encadenada a la marcha política. Y de una política no alta, sino de rastrerías.

Y la Universidad es la natural consejera de los poderes que rigen las naciones. Por definición en la Universidad están todas las ciencias y todos los hombres que las cultivan. Y la vieja sabiduría helénica en Platón y en Aristóteles han dicho hace milenios que la sabiduría de los mejores es la que hace posible la grandeza de los pueblos.

No es mi oficio en este momento hablar de los deberes del Estado para con la Universidad. Pero el primero de todos ciertamente es tomarla en cuenta, no como una institución que hay que mantener, sino como a una consejera a quien debe consultar. Pero para ello la Universidad tiene que hacerse digna de tal misión.

Cuando la seriedad y profundidad de los estudios, la recta administración de todos los elementos que constituyen una Universidad resalta en un país, los poderes gubernamentales se inclinan ante ella. Si está sobre ellos por su grandeza, de necesidad reconocen su lugar de honor.

Ya en otro campo más amplio, toca a la Universidad agrupar en torno suyo a los hombres de todo género que se dedican al cultivo de las mismas disciplinas que ella enseña y cultiva. Una de las fatales realidades de México es el aislamiento de los sabios. Son pocos y están alejados, cuando no en pugna unos con otros. No existe una coordinación de los intelectuales de todo género y tendencia. Hay camarillas, hay grupos de ideologías propias que se buscan y se comprenden entre sí, pero están, cuando no en contra, al menos remotos a los demás.

Y el interés de la ciencia y el interés de la unidad patria piden una *unión mayor, una comprensión mayor*. Y ningún sitio mejor para lograr esta unión y esta comprensión que la Universidad que debe ser el hogar común de todo el que cultiva la sabiduría en cualquiera de sus aspectos.

Formar el concepto de la verdadera esencia de la cultura mexicana es acaso el mayor de los deberes de la Universidad en este orden. Pondré

el ejemplo de la historia, para no perderme en caminos que en este momento me exigen ser recto y breve.

Hay hace decenios una grave contienda: los dos partidos irreconciliables en el campo de la indagación y estudio de nuestro pasado y la interpretación de sus valores. De una parte, el antagonismo contra todo lo de origen prehispánico. Prejuicio de negación y de desdén, cuando no de odio, hacía todo lo que precedió a la llegada de gentes de Occidente y aun de lo que perdura vivo y pleno de fuerzas para surcar los siglos venideros. De la otra parte, la negación de los valores hispánicos, tan radicalmente a veces, que se llega a la negación del cristianismo como valor humano y civilizador, solamente por haber sido traído por gente hispana.

¡Cuántas energías y cuánto tiempo han gastado en discutir interminablemente el menor de los temas involucrados en esta doble faz de nuestra forma y esencia étnica! Y en esta lucha se ha mostrado dolorosamente la realidad de nuestra inmadurez.

Más deplorable es esta disposición de las mentes cuando vemos a los extraños admirando al igual la grandeza mexicana anterior a la Conquista y la grandeza mexicana de los siglos de la Nueva España.

Trabajar por que se llegue a unidad, dentro de aquella libertad de criterio que el hombre exige y que es la flor de la cultura humana, de la estimación de valores y de riquezas que ningún pueblo puede despreciar o preferir sin peligro de atentar a un suicidio histórico y cultural.

Como este ejemplo pueden señalarse otros que omito, porque me basta esta sola muestra de los múltiples problemas en que puede la Universidad ejercer su influjo benéfico para la formación de la conciencia histórica del pueblo mexicano.

* * *

La estimación de lo propio nos capacita mejor para la estimación de lo ajeno. Si la verdad y la ciencia no tienen fronteras, la misión de las Universidades es hacer que en ese ambiente de amplia colaboración se unan las naciones todas, como se unen todos los sabios. Mucho más laborioso-obrero de la unificación de los ideales y de las tendencias humanas será la Universidad que cualquier otro instituto de cualquier orden que fuere.

Está apuntado así que, no sólo para el bien de la Patria, sino para el bien de la Humanidad la labor de las Universidades es urgente. Avanzadas en todos los dominios de la luz y de la acción, los institutos universitarios tienen en el mundo la misión suprema que eleva al hombre sobre sí mismo.

* * *

Anoche evocaba el señor doctor de la Facultad de Filosofía y Letras el doble Humanismo que abriga y quiere fomentar la Universidad. La Luz de Atenas junto a la penumbra del Calvario. Y es que la ruta de los siglos está marcada hace dos milenios. Una inscripción en que quiso un magistrado romano dar la clave de una misteriosa ejecución ha resultado el programa de la vida para los pueblos. Las tres lenguas que formulaban el mensaje eran como la consagración de los tres anhelos del alma humana, cristalizados en ellas.

El derecho romano, con su organización y con su férrea concepción de las normas jurídicas clamaban en latín, en el latín vibrante de Cicerón que, desde el Foro, se sigue escuchando en el mundo.

La filosofía, el arte, las contiendas deportivas, la belleza entronizada cantaron en aquella lengua de Homero y de Aristóteles, de Sócrates y de Marco Aurelio, que desde el Partenón subió como un halo de luz al remoto y despreciable Calvario.

Y en lengua hebrea, hecha para el pensamiento y para la fuerza del espíritu que nadie puede domar, hablaba de los anhelos íntimos del alma en busca de la solución de los misterios.

Trilingüe idioma proclamó ante el mundo la ruta de la humanidad en la unificación de los valores humanos y divinos. Pero esa unificación se hizo con sangre, con la sangre de un Hombre que no ha sido superado en la historia humana. *Tras esa ruta debemos ir todos.*

* * *

Quiero terminar con la evocación de un hecho simbólico. Cuando en el convento de Tiripitío no halló fray Alonso de la Veracruz un salón a propósito para contener a los alumnos estudiantes que acudían cada día en mayor número a su cátedra, hizo sacar la cátedra al claustro del con-

vento, y cuando tampoco el claustro del convento fue bastante, la llevó al atrio enorme de aquella iglesia. Era llevar a la Universidad naciente, ya que se conviene que aquella fue germen de las universidades de México, al pueblo y hacer que el pueblo hallara en la Universidad la luz y el poder de transformación que anhela.

Presagios de la acción de esta benemérita Institución mexicana, tipo y modelo de las demás universidades en nuestro suelo. Unida a la antigua Universidad Principal y Regia por un nexo más bien de ideales resurgentes que de lazos históricos, hará que nuestra patria se afirme y se consolide en su grandeza. Pero para lograrlo hará que los de abajo reciban sus luces, sus influjos benéficos y su ardiente calor de laborioso heroísmo que vivifica.

Cinco años y se celebrará el cincuentenario de la Universidad de Justo Sierra: ¡que a la palabra de aquel varón insigne se responda:

El pueblo ha visto que para hallar la ruta de la paz está la justicia, y para calmar la sed de justicia está la verdad que ilumina y el amor humano y divino que regenera y que crea interminablemente. ¡Y en pos de de estos ideales la Universidad camina!

ANGEL MARÍA GARIBAY K.